

4 Una vida, UNA NOVELA

A black and white portrait of actor Errol Flynn, smiling and looking slightly to the left. He has a mustache and is wearing a suit and tie. The portrait is set against a yellow background.

**ERROL
FLYNN**

**EL MAYOR
AVENTURERO
Y DON JUAN
DEL CINE**

2

PTAS.



ERROL FLYNN

UNA VIDA, UNA NOVELA

ERROL FLYNN

- ♦ *La vida de un muchacho que amó la aventura por encima de todo.*
- ♦ *Una existencia agitada que culmina al alcanzar uno de los primeros puestos del cine.*
- ♦ *Su espíritu independiente le ha impedido hallar la felicidad al lado de una esposa.*

Volumen n.º 4

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyrigh by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

LA «MASKI», una destartalada goleta de dos palos, llegó a última hora de la tarde al puerto de Rabaul, capital del archipiélago Bismarck, al noroeste de Nueva Guinea. Antes de que la nave fuera amarrada, dos hombres, americanos por su aspecto, se aproximaron a ella y llamaron a uno de sus marineros que se hallaba junto a la borda.

—¡El capitán! ¡Queremos hablar con el capitán!

Momentos después, un individuo joven, de expresión enérgica y cuerpo delgado, en el que destacaban los músculos como cables tensados, saludó desde la goleta a los dos americanos.

—¡Yo soy el capitán! ¿Qué es lo que desean?

—¿Podemos hablar con usted?

Antes de responder, el joven capitán apoyó una mano en la borda y saltando ágilmente por encima de ella se dejó caer sobre el muelle, junto a los dos americanos.

—¿De qué se trata?—preguntó.

—Deseamos fotografiar su goleta.

El capitán hizo un gesto con la cabeza, señalando la vieja embarcación que de un modo tan impetuoso acababa de abandonar.

—¡Bien! Ahí la tienen — dijo —. No necesitan pedirme permiso para eso.

Iba a volverles la espalda cuando uno de los americanos observó:

—Es que... nos gustaría fotografiarla mientras entra en el puerto, con el sol poniente tras ella.

El marino alzó los ojos al cielo.

—El sol va a ponerse dentro de un instante.

—Precisamente por eso íbamos a pedirle...

Las duras líneas de su rostro se quebraron en una sonrisa.

—¿Que salga del puerto para volver a entrar? —preguntó.

—Si usted no tuviera inconveniente... Nosotros estamos dispuestos a compensar su molestia.

—Es una molestia insignificante. Si tanto les interesa retratar esas cuatro maderas viejas, yo no voy a ponerles dificultades. Haré la maniobra para ustedes.

* * *

Un rato más tarde, los tres hombres se hallaban sentados alrededor de una mesa en una taberna del puerto. El capitán de la goleta tragó de un solo golpe el contenido de su vaso.

—¿Salieron las fotos a su gusto? —inquirió.

—Creo que sí —repuso el americano que llevaba la voz cantante—. Me disgusta que no quiera aceptar nada a cambio de su trabajo.

—He aceptado este vaso de vino, pero si le parece poco puede invitarme a otro.

—Es usted un hombre un poco especial. Me gusta.

—Y también le gustan las goletas viejas, ¿no?

El americano soltó una carcajada.

—Ahora caigo en que aún no me he presentado —dijo—. Soy el doctor Herman Erber.

El marino le tendió su mano por encima de la mesa.

—Me llamo Errol Flynn. ¿Puede saberse qué es lo que buscan usted y su compañero por estas tierras?

—Precisamente de esto quería hablarle. Tenemos intención de filmar un reportaje sobre los cazadores de cabezas.

—¿Y por qué quiere hablarme de ello?

—Necesitamos un guía y una nave para remontar el río Sepik. Usted y su goleta nos interesan. Puede fijar un precio y...

—Aún no le he dicho si acepto.

El americano se rió de nuevo.

—Usted no es de los que rechazan la posibilidad de una aventura.

Errol Flynn sonrió.

—Tiene razón —dijo—. Lo que usted me propone es demasiado tentador.

—¿Entonces...?

—Podemos entrar en tratos. Expóngame sus planes y dígame exactamente qué es lo que necesita.

Herman Erber exhaló un suspiro de satisfacción. Sacó de su bolsillo unos planos y unos papeles llenos de números y los extendió sobre la mesa.

—Preste atención. Según nuestro proyecto...

* * *

El joven capitán de la goleta no podía imaginar, como no podía imaginarlo nadie en aquel momento, que su relación con aquellos dos americanos había de ser el origen de su carrera cinematográfica. Tampoco sabía que el que iba a iniciar había de ser el último episodio de su vida aventurera y llena de peligros, una vida que comenzó por propia elección, muchos años atrás, siendo aún muy joven...

Errol Leslie Thomson Flynn nació el día 20 de junio del año 1909, en Hobart, Tasmania. Su padre, el profesor Thomson Flynn, acompañado de su esposa, había emprendido un crucero con la finalidad de efectuar estudios científicos sobre la fauna marina, cuando la inminente llegada del primer hijo del matrimonio les hizo detenerse en la isla.

El pequeño Errol resultó ser un muchacho rebelde y difícil de dominar. Entre los ocho y los doce años de edad se escapó tres veces de la escuela. Ni en el Liceo Luis Le Grand, de París, ni en el colegio St. Paul de Londres, consiguieron los maestros sacar gran provecho de él. Sin embargo, uno de sus profesores particulares, muy aficionado al boxeo, logró enseñarle con extraordinaria facilidad el arte de boxear.

Cuando cumplió los diecisiete años, su padre le permitió acompañarle en un viaje a Tasmania. Viaje de investigación científica, como todos los del profesor Flynn. El tal viaje no satisfizo a Errol, puesto que no pudo hallar en él las aventuras y emociones con que anticipadamente había soñado. En vista de la falta de interés del muchacho, el profesor Flynn, que había esperado encontrar en él un buen ayudante, decidió internarlo en una escuela de Sydney.

Errol aguantó mal el encierro desde los primeros días. La dura disciplina, las horas fijas para acostarse, para levantarse, y para comer, las clases aburridas... Se ahogaba en aquel ambiente. Necesitaba libertad, cambios constantes...

A los dos meses de haber sido internado, se agotó su capacidad de aguante y se escapó de la escuela. No intentó volver a su casa. Quería lanzarse a una vida nueva, luchar contra las dificultades, valerse por sí mismo, y sumergirse, por fin, en todas las aventuras que tanto le atraían.

No obstante, la realidad no suele ser tan romántica ni heroica como los sueños. Sin comer, nadie puede ir en busca de aventuras, y para comer se necesita dinero. Errol durmió sobre los bancos de los parques públicos y ganó su sustento fregando platos y limpiando suelos, hasta que alguien le dijo que tenía un empleo para él.

—Preséntate mañana por la mañana al encargado del almacén —le indicaron.

A la hora de iniciarse el trabajo, Errol entró en un almacén muy grande, bastante oscuro, y atestado de enormes montones de botellas vacías. El

encargado, un hombre rollizo y de corta estatura, le dirigió una irónica sonrisa.

—Te ha sido asignado un trabajo fácil y descansado — le dijo—. No tienes más que pasarte todo el día oliendo botellas.

Errol trató de corresponder a la sonrisa del encargado, suponiendo que se trataba de una broma. Incluso creyó haber oído mal cuando el otro dijo:

—Estoy hablando en serio. Tú no harás otra cosa que oler botellas.

—¿Oler botellas? — preguntó Errol, sin acabar de comprender.

—¿Es que no hablo claro? — exclamó el encargado.

El joven guardó silencio, esperando que le aclarara en qué consistía exactamente el trabajo que debía efectuar.

—Aquí nos dedicamos a la limpieza de botellas usadas, dejándolas listas para que se las utilice de nuevo. Cada botella, según lo que haya contenido, necesita un tratamiento especial, por lo que es preciso ir separándolas guiándose por su olor. Eso es lo que tú harás.

Era un trabajo asqueroso, monótono y humillante. Errol aguantó en él una semana.

Consiguió otro empleo en un comercio de lanas, que le duró algo más de quince días. Era evidente que el muchacho no servía para esas cosas. Era cuestión de buscar algo nuevo, algo que implicara acción directa e iniciativa propia.

Había oído hablar de las posibilidades de correr aventuras y enriquecerse con el oro de Nueva Guinea. ¡Esto sí le atraía! Pero Nueva Guinea estaba

muy lejos, y él no tenía dinero para pagarse el viaje.

Era preciso encontrar una solución. Y Errol la encontró. Después de muchas gestiones, logró emplearse como segundo cocinero en una antigua y sucia goleta de tres palos, que paradójicamente ostentaba el nombre de «El Paraíso».

El cocinero de la nave era un hombre amable y bonachón. O al menos esto fué lo que le pareció a Errol cuando se lo presentaron. Pero una vez emprendido el viaje, cuando descubrió que el ayudante que le habían destinado ignoraba por completo el oficio, dejó desencadenar su peligrosa furia.

—¡Embustro! ¡Tramposo! — rugía—. ¿Por qué solicitaste este puesto si ni siquiera sabes hervir un cazo de agua? ¿Crees que he de cargar yo con todo el trabajo?

Tan indignado parecía el cocinero, que Errol temió verse de un momento a otro arrojado por la borda para ser pasto de los tiburones. Lo menos que podía sucederle era que le despidieran de mala manera en cuanto tocaran el primer puerto. Y esto no le interesaba. Errol se había fijado un destino y necesitaba llegar a él. Recurrió a lo que supuso la única solución, la única manera de calmar al iracundo cocinero y aún de convertirle en su cómplice, puesto que era preciso que éste le ayudara a disimular ante el capitán y el resto de la tripulación su ignorancia sobre todo lo referente a cocina.

—Sé que tienes razón — dijo, adoptando una actitud humilde—. Soy un perfecto inútil para es-

tas cosas, pero te prometo que me esforzaré en ayudarte todo lo que pueda...

La furia del cocinero cedió unos puntos ante la apacible actitud del muchacho. Al fin y al cabo, éste parecía inteligente y trabajador. Podría aprender en poco tiempo.

—¡Pero, chico! —protestó todavía—. ¿Por qué diablos se te ocurrió meterte en esto? ¿Qué necesidad tenías de venir a amargarme la existencia?

—No ha sido ningún capricho, te lo aseguro —repuso Errol—. Necesitaba obtener este empleo.

—¿Lo necesitabas? Hay cincuenta mil maneras de ganarse la vida sin necesidad de...

—¡No! Yo necesitaba este trabajo. Es lo único que puede conducirme a donde yo quiero.

—¡Por las hijas de Neptuno! ¿Qué es lo que quieres?

Errol le contó su historia. La vida imposible en el colegio, la fuga, el empleo en el almacén de botellas, las noches pasadas sobre un banco, los días sin probar bocado... Una historia verdaderamente enternecedora. Luego, sus ansias de aventuras, de luchas, de lanzarse a unos horizontes mucho más amplios que los de un comercio de lanas...

El cocinero acabó escuchándole embelesado. Comprendía muy bien sus sentimientos. Le parecía muy natural que el chico no se aviniera a la vida de un colegio, que no quisiera quedarse atascado en un empleo monótono y sin aspiraciones... Cuando Errol terminó de hablar, le estrechó la mano calurosamente.

—Me parece bien, muchacho. ¡Me parece muy bien! Yo en tu lugar habría hecho lo mismo.

Y bajando los ojos, como si se arrepintiera de pronto de su vehemencia, añadió mohino:

—La cuestión es que yo voy a cargar con todo el trabajo durante este viaje...

De todos modos, el cocinero se portó bien, y Errol pudo seguir aprendiendo tranquilamente su nuevo oficio.

Errol Flynn había firmado contrato para todo el viaje, puesto que así se lo exigieron. Pero no era su intención continuar hasta tan lejos. El tenía su punto de destino. Cuando el barco echó el ancla cerca de Port Moresby, se despojó de sus ropas, las ató a un pedazo de madera, y saltando al agua nadó cosa de una milla, en las oscuras aguas de la noche, hasta llegar a tierra.

Los campos de oro que constituían la meta de su viaje quedaban aún bastante lejos, hacia el interior de las junglas de Nueva Guinea. Errol intentó juntarse a dos caravanas de buscadores de oro, pero no consiguió ser admitido ni en la una ni en la otra.

Puesto que las cosas tomaban este cariz, el intrépido muchacho decidió actuar solo. Compró una carabina y munición, algo de ropa, y las provisiones que su atrevida inexperiencia le hizo considerar necesarias. Así equipado, emprendió tranquilamente la marcha hacia las zonas auríferas.

No anduvo mucho. A algo más de tres millas de Port Moresby, fué detenido por una patrulla de vigilancia. Al llegar al cuartel, donde le condujo la patrulla, fué introducido en el despacho del co-

mandante, que, con gran sorpresa por parte del joven, le saludó diciendo:

—¿Buscando aventuras, Errol?

El se quedó callado, intentando descifrar cómo habría podido aquel oficial averiguar su nombre.

El comandante era un hombre alto y fuerte, de mejillas coloradas y ojos reidores.

—Te extraña que conozca tu nombre, ¿eh? —preguntó, como adivinando los pensamientos de Errol.

—Sí, señor—confesó éste.

El comandante soltó una alegre carcajada.

—¡La radio, muchacho! ¡La radio!—exclamó—. Tu padre se ha puesto en contacto con nosotros.

—¿Mi padre?

—¿Por qué te asombras? ¿Crees que tu padre iba a quedarse tan tranquilo al saber que te habías fugado del colegio? ¡Qué inconscientes sois los jóvenes!

Le reprendía en tono cariñoso. Errol comprendió en seguida que él y aquel hombre se entenderían bien.

—Tu padre se enteró de que te habías enrolado en «El Paraíso» —explicó el comandante—. Supo también que lo abandonaste en Port Moresby, y nos llamó para que te buscáramos. Temía que se te ocurriera hacer algún disparate. ¡Y vaya si tenía razón! ¿A quién se le ocurre internarse solo en la jungla?

—Sí, supongo que iba a hacer una tontería —reconoció Errol.

—Y te aseguro que habría sido la última de tu vida—sentenció el comandante.

Errol exhaló un suspiro de resignación.

—¡Bien! —dijo—. Si quiero permanecer aquí, tal vez no me quede otro remedio que... ingresar en la guardia.

El oficial soltó otra atronadora carcajada.

—De modo que quieres ingresar en la guardia, ¿eh? ¿Qué edad tienes?

—Veintún años —mintió Errol.

El comandante aceptó su promesa de que no intentaría escapar de Port Moresby, y le despidió con la orden de presentarse al día siguiente.

Cuando veinticuatro horas más tarde Errol se encontró otra vez ante el comandante, éste le dijo que de nuevo había estado en contacto con su padre.

—El profesor Flynn accede a que ingreses en la guardia —le dijo—. Además, me ha pedido que dé un buen escarmiento a tus ansias de aventuras. ¿Qué te parece?

—Esto es una buena noticia, señor.

—¡Bueno, bueno! Has de saber que no podemos aceptar en la guardia a muchachos de diecisiete años. Espero que tú y yo sabremos guardar el secreto.

—Seguro, señor.

Errol fué mandado con una expedición hacia terrenos inexplorados de la jungla. Tuvieron que cruzar selvas espesas, abriéndose camino en la vegetación a golpe de cuchillo. En una emboscada que les prepararon los cazadores de cabezas murió uno de los expedicionarios.

Errol permaneció en la guardia durante seis meses. Este tiempo le fué suficiente para cansarse de la vida disciplinada que se veía obligado a llevar, por lo que decidió abandonar el uniforme.

Al dejar la guardia se colocó como vigilante en una finca dedicada a la producción de copra, en Lalokai, cerca de Raboul. Como este empleo no le daba demasiado trabajo, Errol comenzó a escribir para pasar el tiempo. Escribió sobre la vida y costumbres de aquellas tierras, sobre sus experiencias personales, y luego mandó estos reportajes a un periódico de Sidney. Se los aceptaron y le pidieron que continuara escribiendo.

Por aquel entonces, Errol trabó amistad con Dusty Miller, un muchacho tan aficionado como él a las aventuras. En pocos meses consiguió ahorrar una respetable cantidad gracias a su steldo y a lo que ganaba escribiendo. El y su amigo Dusty decidieron emprender una nueva vida. La colocación de vigilante había durado ya demasiado tiempo.

En Kavieng, Errol y Dusty compraron, a crédito, naturalmente, una pequeña goleta. Ninguno de los dos sabía gran cosa de navegación, pero esto no les arredró. Aprendieron lo que consideraban necesario y contrataron una tripulación indígena, lanzándose inmediatamente a toda clase de actividades. Fueron pescadores, buscadores de perlas, comerciantes en copra, transportistas...

Cuando por fin consiguieron acabar de pagar la goleta, quiso el destino que ésta se estrellara contra un arrecife y quedara definitivamente inutilizada. Por desgracia, los dos jóvenes no habían te-

nido la previsión de asegurar su barco. Aquello significó la ruina total.

Errol no tuvo otro remedio que ponerse a trabajar de nuevo en una explotación de copra.

En cuanto tuvo algo ahorrado, pensó que por fin había llegado la hora de probar fortuna en los campos de oro. Ahora tenía experiencia, conocía la jungla, había vivido en ella, y sus músculos estaban sanos y fuertes. Tuvo suerte y descubrió una pequeña veta del precioso metal. Pero sucedió lo de siempre. Su espíritu inquieto no podía permanecer mucho tiempo en el mismo trabajo. Se apoderó de él un irresistible deseo de cambiar de vida, y malvendió su propiedad a un sindicato de Australia.

Se trasladó a Sidney, donde compró otro barco, antiguo y destartado, en compañía de tres nuevos amigos: Adams, Rex, y Charlie.

Los cuatro compañeros emprendieron a bordo del «Sirocco», que apenas se sostenía sobre las olas, una travesía hacia Port Moresby. Las peripecias de este viaje formaron, años más tarde, la base de una novela que escribió Errol Flynn a su llegada a Hollywood. Fueron 3.000 millas llenas de dificultades financieras, dificultades mecánicas, con su viejo motor acatarrado, y luchas contra las tempestades. En cierto momento, Errol tuvo que convertirse en empresario de boxeo para poder reunir el dinero suficiente para continuar el viaje.

De todos modos, éste terminó trágicamente cuando ya casi tocaban Port Moresby. La tripulación del «Sirocco» fué impotente para defenderse de un fuerte tifón que estrelló la nave contra un

arrecife y la mandó a pique. Errol, Rex, y Charlie consiguieron llegar a tierra, pero Adams perdió la vida en el accidente.

Errol era un hombre que siempre sabía salir adelante. Al cabo de algunas semanas, de un modo u otro se las había arreglado para ser de nuevo propietario de una vieja goleta de dos palos, la «Maski». Con ella viajó durante un par de años por todo el Pacífico del Sur, dedicándose al transporte, a la pesca y a la búsqueda de perlas.

Una tarde, en el puerto de Rabaul, conoció a dos norteamericanos que deseaban remontar el río Sepik para efectuar un reportaje fotográfico de la selva. Errol les alquiló la «Maski» y accedió a ser su guía...

* * *

Cuando consideraron haberse internado lo suficiente, el doctor Herman F. Erben, jefe de la expedición, dió la orden de abandonar la goleta para adentrarse en la selva.

Con Errol a la cabeza emprendieron el camino hacia los peligrosos territorios de los cazadores de cabezas. No obstante, al llegar al último puesto

de la guardia militar, se encontraron con inesperadas dificultades.

—No puedo dejarles continuar — dijo el comandante de la guardia—. No puedo aceptar la responsabilidad de lo que pueda sucederles.

—Conozco la selva — alegó Errol—. Sabemos a lo que nos exponemos, pero aun así deseamos seguir nuestro camino.

El comandante movió pausadamente la cabeza en un signo de negación. No parecía dispuesto a acceder.

—Lo siento, pero no es posible. Ustedes no van preparados para resistir el más pequeño ataque indígena.

La cosa parecía no tener remedio, pero Errol y el doctor Erben no pensaban renunciar a sus planes por el momento. Después de largas discusiones consiguieron llegar a un acuerdo. El comandante consintió en dejarles continuar a condición de que se llevaran con ellos algunos de los elementos nativos que formaban parte de la guardia.

Así lo hicieron, y los temores del oficial se vieron muy pronto sobradamente confirmados. Se habían alejado algo más de unas diez millas del puesto de guardia, cuando fueron sorprendidos por una emboscada de los cazadores de cabezas. Se entabló una terrible lucha cuerpo a cuerpo, que habría resultado fatal para los expedicionarios de no haberse hallado con ellos la escolta impuesta por el comandante. Después de unos veinte minutos de encarnizada batalla, los asaltantes se batieron en retirada.

Errol se aproximó al doctor Erben, que había

permanecido tranquilamente echado en el suelo tomando fotografías, procurando, desde luego, quedar oculto de sus sanguinarios enemigos.

—¡Bien! — exclamó—. Supongo que habrá tomado buenas fotografías de los cazadores de cabezas...

—Pues... no — confesó Erben—. Si he de decirle la verdad, he estado muy ocupado fotografiándole a usted.

—¿A mí? — preguntó Errol extrañado.

—Sí. Ha estado usted magnífico luchando contra esos salvajes. Me he olvidado completamente de ellos en cuanto le he visto actuar.

Errol sonrió sin acabar de comprender. No sabía que, en realidad, acababa de efectuar su primer trabajo ante las cámaras.

Convencidos de que el peligro que corrían en aquellas zonas era en verdad excesivo, y de que difícilmente encontrarían a un solo cazador de cabezas que accediera a colocarse «en pose» para el fotógrafo, decidieron dar su trabajo por terminado.

En Rabaul, Errol Flynn se despidió de los americanos.

* * *

Un par de meses más tarde, recibió un telegrama de una compañía productora de películas, de Australia. Decía así: «Vimos lucha con cazadores de cabezas en fotografías tomadas por doctor Erben. Deseamos aceptar primer papel en próxima película».

Errol quedó asombrado. Jamás se le había ocurrido pensar que éste pudiera ser el final de su pequeña aventura con los cazadores de cabezas. Desde luego, no dudó ni un momento en aceptar la tentadora oferta. El cine parecía ser un buen asunto, y, además, representaba una nueva experiencia, cosa que Errol nunca sería capaz de rechazar.

Embarcó para Sidney y rodó la película. La vida activa y aventurera que había llevado hasta entonces dejó de ser una realidad para continuar desarrollándose en la cinta de celuloide. A Errol Flynn le agradó el cambio. Se sintió bien ante las cámaras y bajo la potente luz de los focos. Sin embargo, hay que reconocer que la película no constituyó ningún éxito. No llegó a proyectarse fuera de Australia.

Comprendiendo que si quería hacer algo interesante en el cine no podía quedarse allí, se marchó a Inglaterra, en busca de más amplios horizontes y mejores condiciones de trabajo.

En Inglaterra hizo algunos papeles de poca monta, hasta conseguir el de protagonista en «Una casa para un hombre». Esto le valió un contrato

con la Warner y su inmediato traslado a Norteamérica.

En Hollywood, Errol Flynn no fué recibido, ni mucho menos, como un primer galán. Al igual que a su llegada a Inglaterra, tuvo que comenzar trabajando en pequeños papeles, siendo el primero de ellos en la película «El caso de la novia curiosa», basada en una novela de Erle Stanley Gardner.

Su ascenso al estrellato tuvo lugar de un modo curioso y casual.

En el estudio iba a efectuarse una prueba a un actor que debía interpretar el capitán Blood en una película próxima a rodarse. El director destinó a Errol, como simple comparsa, para dar las entradas a dicho actor. Parece que el destino se empeñó en ayudar a Errol en su carrera cinematográfica.

Al día siguiente, el productor, en compañía del director y los técnicos, se acomodaron en las amplias butacas de la sala particular de proyecciones para presenciar los planos de pruebas que se habían filmado. Cuando se encendieron las luces después de la breve proyección, el productor se volvió excitado hacia el director.

—¿Quién es ese muchacho? — preguntó.

El director sonrió irónicamente.

—¿A cuál de los dos se refiere? — preguntó a su vez.

—Lo sabe perfectamente. Creo que se equivocó usted de hombre al hacer la prueba.

El director exhaló un suspiro.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Y dirigiéndose a la «script-girl», que se hallaba sentada a su lado, inquirió:

—¿Cómo se llama?

La muchacha consultó sus papeles.

—Errol Flynn. Hasta ahora no ha hecho más que papeles de poca importancia.

—Pues creo que a partir de ahora dejará de hacerlos — dijo el productor, poniéndose en pie—. Quiero entrar en contacto con él lo antes posible. Voy a ofrecerle el papel de Capitán Blood. ¿Está conforme?

—Desde luego — asintió el director—. No comprendo cómo no hemos reparado antes en él.

Este fué el comienzo. Con el «Capitán Blood», Errol Flynn alcanzó la cumbre de la popularidad, el triunfo. Desde aquel momento, es uno de los favoritos del cine.

* * *

En 1934, cuando fué contratado por la Warner, Errol Flynn conoció durante el viaje de Europa a América a la ardiente actriz francesa Lili Damita, con la que contrajo matrimonio.

Después de su triunfo en Hollywood, Errol puede decir que allí sí que ha encontrado la «mina

de oro» que tan afanosa y duramente había buscado años atrás.

Hablando de su futuro, Errol declaró:

—Creo que todo esto es demasiado bueno para durar mucho tiempo, y no me gustaría quedarme aquí cuando se acabe. Cuando me dé cuenta de que mi carrera artística ha terminado, me retiraré sin lamentaciones. No estoy muy seguro de lo que voy a hacer entonces, pero probablemente tendré un barco y me dedicaré a navegar durante el resto de mis días. El mundo es muy grande, y tengo aún por ver una buena parte de él.

No obstante, unos años más tarde parecía haber echado en la meca del cine raíces más profundas.

—Hollywood es mi casa — dijo —, y nada podrá arrancarme de aquí.

Un periodista de California hizo de Errol Flynn la siguiente descripción: «Los hombres activos carecen generalmente de imaginación. En Errol Flynn, por el contrario, se unen un cerebro imaginativo y un cuerpo con incansables ansias de actividad. Tal combinación produce, inevitablemente, una vida fecunda en acontecimientos».

Cuando en cierta ocasión le pidieron que se definiera a sí mismo, Errol Flynn dijo:

—Por instinto, fui aventurero. Por elección, hubiese sido escritor. Y por pura casualidad, soy actor.

Para continuar satisfaciendo, en cierto modo, sus deseos de aventuras, compró la goleta «Zaca». La época de las embarcaciones que apenas podían sostenerse sobre el agua, había terminado para él. Viajar en la limpia y bien equipada «Zaca», de

118 pies de eslora, resultaba un verdadero placer para el hombre que años antes había tenido que navegar poco menos que taponando los agujeros de los viejos cascos de sus naves.

En Port Antonio, Jamaica, Errol Flynn compró una finca a la que acude en sus periodos de vacaciones. Ahora, vive allí normalmente su padre, el profesor Flynn, que fué decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Reina Belfast, al norte de Irlanda.

Errol, que en su primera juventud dió bien pocas muestras de ser un buen hijo, parece resultar ahora todo lo contrario, dando a su padre las máximas facilidades económicas para sus investigaciones y poniendo a su disposición la «Zaca» para que pueda efectuar los necesarios viajes científicos.

A Errol Flynn le gusta vivir bien. Su casa de California, en Mulholland Drive, es una lujosa y grande edificación blanca, con piscina y pista de tenis. Errol gusta de estos deportes, que practica siempre que le queda tiempo para ello.

En mayo de 1941 nació el primero y único hijo de su matrimonio con Lili Damita. Aunque el momento pareciera muy poco oportuno, en octubre del mismo año (cuatro meses después del nacimiento del niño) Errol y Lili se divorciaron.

En 1943 se casó de nuevo. Contrajo matrimonio con Nora Eddington, con la que ha tenido dos hijas, Dierdre y Rory.

Nora y Errol fueron felices durante una larga temporada. Compartieron el hogar de Hollywood,

la isla de Jamaica y las largas excursiones en yate.

Más tarde, Nora comenzó a acusarle de poca formalidad en el matrimonio. Se iniciaron una serie de disputas conyugales y, como siempre que las cosas marchan mal, llegó el final inevitable.

Una noche Errol celebró una pequeña fiesta con unos amigos. Se descorcharon botellas, hubo alegría, y se bebió quizá más de lo conveniente. Llegó a su casa a una hora avanzada y se acostó cansado. Un rato después, abrió los ojos al notar que alguien acababa de encender la luz de la habitación. Lo que vio ante sí le hizo esbozar una forzada sonrisa de circunstancias.

De pie, junto a la cama, se hallaba Nora, con un cigarrillo entre los dedos y una bata casi transparente sobre un no menos tenue camisón.

—¡Hola, Nora! ¿Levantada a estas horas?

Ella no correspondió a su sonrisa. Siguió mirándole sin cambiar la expresión de su rostro. Errol comprendió que se avecinaba una tormenta.

—He llegado bastante tarde — dijo, tratando de salvar la tensión del momento y fingiendo no darse cuenta de la grave actitud de su esposa —. Hemos estado charlando y bebiendo, y nos ha pasado el tiempo sin que...

Como si de pronto se diera cuenta de la inutilidad de su empeño, dejó la frase sin terminar e hizo desaparecer la sonrisa a que había forzado sus labios. Se incorporó, sentándose al borde de la cama.

—¡Bueno! — exclamó —. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Vamos a perder la tranquilidad otra vez?

—A tu lado no puede existir la tranquilidad — habló ella por fin.

—¿De veras? — ironizó Errol —. Tal vez te he molestado sin darme cuenta. Pero yo creo que has sido tú quien se ha plantado ante mí como un fantasma, interrumpiendo mi descanso a estas horas de la noche.

—¡Estoy harta de tu cinismo! — replicó Nora.

—Y yo de tu manera trágica de tomar la vida. ¿Por qué no procuras disfrutar un poco de la juventud?

—¿Qué juventud voy a disfrutar estando casada contigo?

—¿Conque es eso? Debiste pensarlo mejor antes de casarte, querida.

—¡Y tú debiste mostrarte ante mí tal como eres en realidad! ¡Incapaz de amar a una mujer y permanecerle fiel!

El bajó unos momentos la mirada. Parecía habersele escapado toda la ironía de unos segundos antes.

—Estás exagerando, Nora. Admito que me gusta divertirme, estoy incluso dispuesto a reconocer que a veces me excedo. Pero tú sabes que te quiero, que eres la única mujer que cuenta en mi vida.

Se puso en pie y se acercó a ella, dispuesto a tomarla por los hombros. Nora se apartó con un brusco movimiento.

—¡No me toques! Estoy cansada de que todas nuestras discusiones terminen de esta forma. Dime al menos que tienes el propósito de corregirte, prométeme que volverás a ser el de nuestros primeros años de matrimonio...

—¿De qué sirven las promesas, Nora? Debemos confiar el uno en el otro y amarnos tal como somos.

Ella alzó la cabeza orgullosamente.

—No te quiero tal como eres. ¡Prométeme que cambiarás!

Errol sintió herido su amor propio.

—¿Y si no lo hago? — preguntó.

—Deberemos separarnos, Errol.

Había firmeza y determinación en sus palabras. El la contempló unos instantes en silencio. La amaba, pero no quería sentir sobre sí la fuerza de ninguna mujer. Su espíritu independiente se rebelaba ante la idea de lo que él creía un afán de dominio, cuando no era más que amor. Encendió calmamente un cigarrillo y exhaló una blanca nube de humo.

—Lo siento, Nora — dijo.

Ella dió media vuelta y salió con paso rápido de la habitación, arrastrando tras sí el vuelo onduante de la seda de su bata.

El divorcio no se hizo esperar.

Pero, por lo visto, también en cuestiones matrimoniales es Errol Flynn un hombre valiente y amante de las aventuras. No escarmentado por el fracaso de sus dos matrimonios, tardó bien poco en casarse por tercera vez, con Patricia Wimore.

* * *

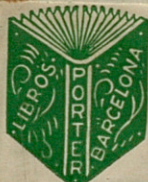
El pago de las pensiones que debe pasar a sus ex esposas, los gastos de su isla, de su yate, y el gran tren de vida a que es aficionado, hicieron que el presupuesto de Errol se tambaleara peligrosamente. Contrajo deudas y se atrasó en el pago de impuestos. Llegó un momento en que, para poner distancia entre él y sus acreedores, tuvo que marchar a Italia, donde le recibieron con los brazos abiertos. Allí filmó «El maestro don Juan», con Gina Lollobrigida.

A todo esto, se encontró con una inesperada dificultad. A pesar de los ejercicios que realiza habitualmente, empezó a engordar de una manera alarmante. No tuvo más remedio que ponerse a régimen. Luego, los médicos le prohibieron el alcohol, por lo que Errol, tan aficionado a la buena bebida, tuvo que resignarse a la fuerza a beber sólo leche.

En cierta ocasión, en la pista de baile del «Excelsior», el lujoso hotel del Lido, en Venecia, Errol Flynn tuvo un incidente desagradable y poco acorde con los papeles de galante triunfador a que nos tiene acostumbrados. A causa de unas palabras con una joven parisiense, tuvo que habérselas con el hombre que acompañaba a la muchacha. Y Errol se encontró enfrentado a un contrincante mucho más fuerte que él, que le propinó una paliza delante de todo el mundo.

No vamos a tenérselo en cuenta. Es hasta cierto punto natural que ocurran esas cosas. Lo absurdo

sería pretender que los héroes cinematográficos continuaran siéndolo en la vida real. No son más que hombres como todos los demás, capaces de tener un mal momento y también de encontrarse con un adversario más afortunado. Por otra parte, Errol, con sus aventuras vividas desde su más temprana juventud, ha dejado suficientemente demostrada su entereza, constancia en la lucha y aptitud para vencer dificultades.



TAN A LA VENTA!

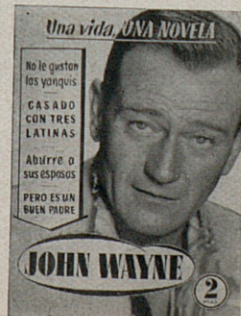
LAMARR. — La emocionante historia de una burguesita que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente truncado cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?



MARLON BRANDO. — Este actor tan distinto a cuantos hasta ahora hemos conocido, ha buscado durante años un amor que tal vez no existe. En las páginas de su biografía encontrará usted a Shelley Winters, a Movita, a Josiane... mujeres que le amaron y que él creyó amar.



JOHN WAYNE. — El actor más «taquillero» de América fué en su juventud tímido con las mujeres. Ahora se le considera uno de los hombres que pagan más crecidas cantidades en concepto de pensiones a sus ex-esposas. Una biografía sentimental y dinámica, en la que se plasma maravillosamente la triunfal carrera de este hombre que ha sabido ganarse las simpatías de Hollywood y de todos los aficionados al cine.



¡DE PROXIMA APARICION!

GARY COOPER

Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.



MARILYN MONROE

Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Está fué la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalanan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.



ELIZABETH TAYLOR

La muchacha de grandes ojos y dulce mirada, mimada por la fortuna desde sus primeros pasos en el cine, ha aprendido con Mike Wilding lo que significa ser una esposa. La apasionante historia de una niña que ha crecido ante las cámaras y que cometió el error de contraer matrimonio antes de ser mujer.



MONTGOMERY CLIFT

Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.

